

**ANTONIO JOSE RESTREPO.**

Nació en Concordia (Estado de Antioquía), el día 22 de Marzo de 1856. Hizo estudios de Literatura en el Colegio de Titiribí. Pasó luego á la Universidad del Estado, donde cursó Ciencias políticas y Jurisprudencia. Con motivo de la guerra de 1876 y 1877 vino á Bogotá, y en la Universidad nacional completó sus estudios de Abogado, bajo la dirección inmediata del doctor Rojas Garrido, con cuyos consejos y amistad fué siempre favorecido. En 1880 fué nombrado Secretario de la Cámara de Representantes y suplente del Procurador general de la Nación, cuyas funciones ejerció. En el Estado de su nacimiento, se le honró haciéndole Diputado á la Asamblea, por dos circunscripciones electorales, y Representante al Congreso nacional. Ultimamente fué nombrado por el Señor Otálora, Presidente á quien combatió en el Congreso de 1883, Cónsul de la República en el Havre. Ha sido Redactor de « La República » (1878), «El Heraldo » (1879), «El Estado» (1881), y ha colaborado en muchos otros periódicos políticos y literarios. Tiene para publicar una obra en prosa, titulada «Sofismas clericales.» de la cual se conocen varios capítulos que fueron prohibidos por el Señor Obispo de Medellín; y un tomo de poesías.

---

**Á MI MADRE.****CONTEMPLANDO SU RETIZATO.**

O maternité de la femme!  
CLOVIS HUGUES.

Ven sacia mis ojos, imagen por siempre querida,  
Que yo te contemple ¡oh madre! mil veces y mil;  
¡Oh tú! que me diste cual don inefable la vida,  
¡Oh tú! que guiaste mi infancia, mi ardor juvenil.

El tiempo que pasa, que vuela altanero tan breve,  
Sus huellas impías dejó descuidado en tu faz;  
Al negro azabache mezcló en tu cabeza la nieve,  
Marchitos los ojos perdieron su fuego vivaz.

La frente serena, la frente do el alma vigila,  
Como un atalaya que ve los peligros del mar,  
Me dice que duermes, me dice que sueñas tranquila  
En medio á los hijos y nietos que forman tu hogar.

Familia procrea que crece á tu lado y pulula,  
Simiente fecunda de seres humanos sin fin;  
Cual ondas de un río que el viento acaricia y ondula  
Y mares recorren y van de la tierra al confín.

Acerbos dolores habrán lacerado tu pecho,  
Ingratos tus hijos habrán ofendido tu amor,  
¡Son tantas las penas que viven del hombre en acecho,  
Y el juicio es tan frágil, tan listo nos muerde el error!

Tus hijas, empero, te habrán resarcido mil veces  
Los días felices que indócil el hijo robó;  
Sus gracias más puras dió á ellas el cielo con creces,  
Su luz esplendente la sombra infeliz disipó.

Sin galas de ciencia, sin oro heredado á montones,  
Sin más que el trabajo unido á constante virtud,  
Colmada te viste de todos los ínclitos dones  
Que dan á las madres honor en el mundo y quietud.

De padres y esposo y hermanos y amigos dilectos  
Has sido sin lasa loada y querida á la par;  
Tus lares abrigan las prendas y dulces afectos  
Que aumenta la dicha, que nunca destruye el pesar.

Tu vida que avanza sin ruido al opuesto horizonte  
Se puede con una sublime palabra decir:  
Ser madre perfecta !—Encina sagrada del monte  
Do el género humano renueva incesante el vivir.

Progenie infinita de seres venidos al mundo,  
Que Cristo describe, que pinta en el Buen Sembrador:  
—Tal grano se muere en la roca ó en cieno profundo,  
Tal otro da el ciento por uno en el surco mejor.

El genio, equilibrio sublime de fuerzas mentales,  
Y el mísero idiota los polos opuestos serán  
Del mundo de sombras, de luz y de auroras boreales  
Que el céfiro arrulla ó azota violento huracán.

En esta continua batalla en que lucha la especie,  
Sin tregua ni espacio, buscando la vida y el bien,  
El débil sucumbe, por más que confiado se precie  
De que hay una mano de buenos y malos sostén.

Tiranas las leyes disipan las dulces quimeras  
Forjadas al fuego del más filantrópico amor;  
La mala semilla jamás reverdece en las eras,  
La antorcha sin aire jamás nos dará su esplendor.

Raquítico el germen del vicio ¡ tal vez inocente!  
Ni sol ni esperanzas tendrá en el oscuro hospital;  
Nacer y morir, una sola escarpada pendiente  
Por do precipita sus presas sangrientas el mal.

Y aquellos audaces que han dado á la tierra sus leyes,  
Que al cielo invocaron, que ungieron en sangre su sien,  
También de las razas humanas diezmaron las greyes,  
Sus plantas impuras agostan los campos también.

Mil monstruos hambrientos aprietan al hombre en su fauce  
Y es fuerza domarías, es ley soberana vivir;  
El mar de la vida sumerge la arena en su cauce  
Y eternos los siglos sus horas verán relucir.

Las madres que crian y educan amantes sus hijos,  
Que al prístino barro le tornan estatua ideal,  
Tan sólo ellas pueden grabar, con cuidados prolijos,  
Del bien en la frente del hombre la bella señal...

Oh madre! perdona si acaso mi mente se aleja  
A extrañas ideas pensando en tu excelsa misión;  
Mi lira las sombras de mi alma doliente refleja,  
Mi canto es un eco no más de mi fiel corazón.

Al verte y hablarte renacen mis fuerzas mejores,  
Soy otro á tu lado, tu sér vivifica mi sér  
Del sol á los rayos oblicuos de otoño las flores  
Tal suelen su esencia más grata en los campos verter.

Tu imagen bendita que llevo encerrada en el pecho,  
Al lado de aquella que amor á mis ruegos rindió,  
Me guarde en bonanza, me guarde en el tiempo deshecho,  
Y ampare mis años, cual tierna mi cuna meció.

Havre, 1885

---

### EL DIOS PAN.

(Á JUAN DE D. URIBE).

La noche se acercaba lentamente,  
La mar serena en majestad yacía,  
La nave, desvelada y sin corriente,  
En Paxos al cansancio se rendía.

Era alta noche ya: del mar profundo  
Ni de la tierra un eco se escuchaba;  
Nublado estaba el cielo, y moribundo  
Un lucero no más le iluminaba.

Silencio y soledad: grave y en calma  
Velaba entre las sombras el piloto,  
Meditando en el fondo de su alma  
Las tempestades de ese mar ignoto.

De repente una voz desconocida,  
Una voz de tristeza y amargura,  
Que remueve las fuentes de la vida  
Y el desconcierto universal augura;

Una voz que repiten las montañas,  
Llama á Thamús con dolorida queja,  
Conmueve del piloto las entrañas  
Y á los viajeros aterrados deja.

«Thamús! Thamús! » clamó la voz de nuevo  
«Respóndeme, infeliz, ¿ por qué trepidas,  
Si yo un dolor sin esperanza llevo,  
Si mis horas de bien ya son perdidas ?»

”Aquí estoy; ¿ qué me quieres ? “ el marino  
Trémulo contestó, de espanto yerto.  
“ En Palodes publica mi destino:  
Pan, el gran Dios, el inmortal, ha muerto!”

Temblaron de pavor los de la nave,  
La brisa melancólica gemía;  
Huyó la noche, y con el viento suave  
Continuaron el viaje al otro día.

Frente á Palodes, y de pie en la prora,  
Mirando hacia la tierra con ternura,  
Clamó Thamús «¡ Naturaleza! Lloro:  
¡ Murió el Dios Pan, el de eternal ventura !»

Las piedras con las piedras se chocaron,  
Los árboles su copa estremecieron,  
Suspiros y lamentos resonaron,  
Y los cimientos de la mar crugieron.

La nueva infausta recorrió el imperio  
Hasta sentarse altiva junto al solio,  
Y al escucharla se inmutó Tiberio,  
Y Júpiter cayó del capitolio.

Murió el Dios Pan!... A impulso de una idea  
Rodó al abismo el cetro del pagano  
Y levantó la cruz en la Judea  
Cristo, el amigo del linaje humano.

—

Se alzó la Cruz su sombra bendecida,  
Sombra fué de los reyes y naciones,  
Y en sus abiertos brazos dió la vida  
A mil y mil llagados corazones.

Y mientras algo conservó divino,  
Siquiera la memoria del Calvario,  
Fué de las buenas almas el camino,  
Y de besos y lágrimas santuario.

Y miró en su redor la muchedumbre,  
Y escuchó de los bardos los cantares,  
Y subió de los montes á la cumbre,  
Y en raudo vuelo atravesó los mares.

La rindió sus laureles el guerrero,  
La pudorosa virgen su hermosura...  
Y debió ser del universo entero  
Fanal eterno de la luz más pura.

Mas ¡ ay! caída en lodazal profundo,  
Es hoy carbón la estrella rutilante,  
Es sucio polvo que desdeña el mundo  
El en su origen límpido diamante.

La mano vil de envidia y de lujuria,  
La mano de asesinos y ladrones,  
De la avaricia la conciencia espuria,  
EL odre de los vicios y pasiones,

Rasgaron de Jesús la vestidura,  
Corrompieron la mente de su credo,  
Trocaron la verdad en impostura,  
Y único Dios del universo—el Miedo.

Así la gran renovación cristiana  
Tornóse en farsa de mentira y dolo;  
Ya la muerte del Cristo está cercana,  
¿ Quedará el hombre abandonado y solo?

¿ Se borraré del mundo la memoria  
Del divino sermón de la montaña,  
Y esos lugares negará la historia  
Que Tiberiades con sus ondas baña?

Ah! nó, jamás! con mano escrutadora  
Reivindicó la ciencia el Cristianismo;  
De entre tinieblas lóbregas la aurora  
Salió, y Jesús del entreabierto abismo.

Como otra vez y de virtud ejemplo  
Se sentó con los sabios y doctores  
Arrojó con su azote á los del templo,  
Escoria vil de avaros y traidores.

Y lloró su doctrina abandonada,  
Por manos corruptoras corrompida;  
A la prole de Adán desheredada,  
Miserable y esclava, embrutecida.

Lloró del sacerdote y del magnate  
Que con el Pueblo cándido trafican,  
Y tras artero, desigual combate  
Le roban y después le crucifican.

Y dándonos su lágrima postrera,  
Como señal de eterna despedida,  
Cruzó su planta la celeste esfera  
Que á olvido eterno al corazón convida.

Oh Pan! oh Dios! oh gran palingenesia  
De la belleza antigua voluptuosa,  
Tus estatuas murieron con la Grecia,  
Y pereció contigo el arte—diosa.

Del Parthenón los restos carcomidos  
Nos muestran tu potencia genitora;  
Y tu grandeza escucho en los latidos  
Del corazón de Roma vencedora.

Oh Pan! oh Pan! devuélvenos á Homero,  
A Píndaro y á Horacio con sus odas;  
Suene de César el clarín guerrero,  
Y no haya más raquíuticos rapsodas.

Vuélvele sus encantos á lo bello,  
Su fuerza al numen, su vigor al canto;  
Danos de tus creaciones un destello,  
Dancen las ninfas, y que cese el llanto.

Mas tú duermes, oh Pan!—ya las vestales  
No alimentan tu fuego cada día:  
Ya las monjas vistieron sus sayales,  
Y trocose en tristeza la alegría.

Jesús echó sobre la vida un manto  
De luto y lobreguez pesado y frío  
Ajó las formas con mortal quebranto,  
Y el pecado latente creció en río...

El mundo antiguo, vigoroso atleta  
Que de lo bello la región explora:  
El cristianismo, escuálido profeta  
Que un cielo busca, y su flaqueza llora.

Dormid, oh Pan! oh Cristo! vuestra losa  
Sella dos mundos en opuestos polos;  
La humanidad avanza silenciosa:  
La libertad y el orden ya andan solos.

Dormid, oh Pan ! oh Cristo! vuestro paso  
Siguió de vuestros siglos la corriente;  
Hundióse ya la luna en el Ocaso,  
Asoma el sol espléndido en Oriente.

---

### **A CANDELARIO OBESO.**

No más cantos, no más; si la hermosura  
Por otro, no por ti, de amor suspira;  
Si no hay para tu negra desventura  
Una sola mirada de ternura  
Que haga vibrar las cuerdas de tu lira;

Si tu alma de poeta su ambrosía  
Esparce en las arenas del desierto,  
Si tu eterna y tenaz melancolía  
No ha de trocarse nunca en alegría,  
Si náufrago tu amor no hallará puerto;

Si las flores que arrancas á tu mente  
Para guirnalda de su sien de diosa  
Son holladas con planta indiferente;  
Si no ha de refrescar tu mustia frente  
El rocío de su alma candorosa;

Echa sobre su cuerpo una mortaja,  
Toma las vestiduras de un querube;  
Que del revuelto mundo en la baraja,  
Ella es la carne que al sepulcro baja,  
Tú eres el genio que á los cielos sube.

---

### **ANIVERSARIO.**

(Á Inés).

Un año ya! Paréceme que sueño,  
Que ayer no más te vi por vez primera,  
Que mi vida anterior fué una quimera,  
Que sólo existo desde que soy tu dueño.

De tu inocente amor con el beleño  
Se adormeció mi sér. Ah! quién me diera  
Vivir así la eternidad entera  
Sólo rendido á tu amoroso empeño.

Tal vez el tiempo en sus revueltos giros  
En penas trocará nuestra ventura,  
Nuestras risas y besos en suspiros.

Pero en el alma mía hay una altura  
A do no alcanzan del dolor los tiros:  
En esa cumbre brillarás más pura!

1885, París.

**Indice de autores**

**Siguiente**

BANCO DE LA REPÚBLICA  
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO